Cultura

Jessica Stern

Hay muchos tipos de terroristas. En India, los nacionalistas hindúes radicales matan a musulmanes y cristianos. Los grupos extremistas judíos matan palestinos y combaten al Estado de Israel. Los neonazis siguen atacando a las minorías en Estados Unidos y en Europa. En Colombia actúan todavía criminales que se definen a sí mismos como "defensores de los derechos de los trabajadores". Sin embargo, los terroristas que hoy resultan más amenazadores para la seguridad internacional son los *yihadistas* globales.

Este movimiento, al revés que los grupos terroristas locales, ha surgido de lo que Olivier Roy llama "desculturación". No es la expresión de una cultura tradicional que se siente acosada, afirma el estudioso francés, sino un reflejo de la globalización y el desarraigo. Los jóvenes que se sienten atraídos por la guerra santa planetaria suelen ser aquellos que están menos interesados en mantener sus vínculos con las normas culturales de sus padres y abuelos. Encuentran su identidad en una cultura *yihadista*, nueva y radical, divorciada de sus referentes. Diversos estudios sugieren que estos jóvenes no tienen por qué ser particularmente religiosos: son captados a través de las redes sociales y la radicalización tiene lugar en el seno del grupo.

La corriente *yihadista* mundial es esencialmente una expresión y un síntoma de la globalización. Es su cultura, aunque bajo una forma distópica. En otros tiempos, los radicales hubieran descrito su malestar desde otro punto de vista ideológico, tal vez el anarquismo, el marxismo o el nazismo. La *yihad* global es una cultura virtual, difundida -con frecuencia por Internet- por unos jóvenes desorientados y alienados.

El resentimiento contra Occidente -y la cultura de la alienación- también están presentes en el mundo árabe, como señala el experto Fouad Ajami, quien afirma asimismo que, sin embargo, hay que perdonar a los árabes por dudar de las intenciones de Occidente y, en particular, del poder de EE UU.

La memoria histórica y los relatos construidos sobre el pasado pueden dar a los terroristas algo que ver como una "causa justa", sostiene el investigador y periodista daguestaní Nabi Abdullaev, que pone como ejemplo la deportación de los chechenos a Kazajistán ordenada por Stalin en 1943.

Una fuente de captación de miembros para los grupos extremistas violentos son las cárceles europeas y estadounidenses, donde las fundaciones caritativas saudíes financian organizaciones que promueven el islamismo radical. Hay entidades que actúan como lo que se ha dado en llamar "organismos de acceso" para los grupos terroristas, ya que promueven una ideología radical, aunque no necesariamente la violencia. Con el tiempo, sus integrantes pueden llegar a estar *maduros* para ser captados. Ejemplos de ello son Hizb-ut-Tahrir, una organización islamista mundial, o Tablighi Jamaat, una asociación cuya meta es formar mejores musulmanes mediante una "*yihad* espiritual": buenas obras, meditación y proselitismo. Ambos grupos parecen surtir de nuevos miembros a la *yihad* global.

Entre las posibles soluciones para este combate, la primordial sería conseguir la complicidad del islam occidental. Los dilemas y problemas del mundo musulmán existen también en las comunidades islámicas en Occidente, aunque aquí se manifiestan en el seno de sociedades democráticas y abiertas. El arabista francés Gilles Kepel señala que los musulmanes occidentales podrían "presentar al mundo un nuevo rostro del islam, reconciliado con la modernidad". Pero Roy advierte de que Occidente, por su parte, debe aprender a tolerar la existencia de variantes del islam y no reconocer sólo a la más liberal.

Símbolo:
las Torres
Gemelas eran la
máxima expresión
del capitalismo
occidental.

También hay voces como la de Hassan Abbas, ex investigador de la policía paquistaní, que optan por métodos policiales y defienden la importancia de que las fuerzas de seguridad contacten con los *organismos de acceso*. "La intervención de teléfonos, la vigilancia electrónica y/o el pago a informantes no pueden sustituir una implicación directa", afirma este experto, que señala también que los organismos policiales y los servicios de información necesitan mejorar su formación para diferenciar a los grupos políticos de los que promueven la violencia, para no radicalizar aún más a organizaciones no violentas.

Otro problema es que los clérigos musulmanes en los países occidentales suelen ser inmigrantes recientes que no entienden a los musulmanes occidentales. Creen que su única misión es salvar a los jóvenes de la contaminación. Una solución sería exigir que los imanes reciban formación en los países de acogida, una práctica polémica que ya funciona en Francia. También los conflictos enconados y el fracaso y la debilidad del Estado que originan son importantes factores

de riesgo para el terrorismo. Los terroristas se implantan en las poblaciones locales ofreciendo servicios sociales a comunidades desatendidas por los gobiernos.

La percepción de que Occidente ha preferido seguir el juego a brutales dictadores en Oriente Medio cuando esto ha servido a sus intereses no es del todo infundada. Podría avanzarse en esta cuestión, lenta y cautelosamente, apoyando la aparición de movimientos de defensa de los derechos humanos y de la sociedad civil, señala el analista estadounidense Mark Beissinger. No obstante, es importante garantizar que las organizaciones islamistas estén incluidas en esa concepción, pues de otro modo la espiral de radicalización continuaría.

La cultura de la sospecha y la islamofobia sólo empeora las cosas. Ejaz Haider advierte del peligro de diferenciar entre *ellos y nosotros* sin describir claramente al enemigo, recordando que "hay mucha gente que no está de acuerdo con la política de EE UU y no por eso lo odia". Kepel, por su parte, imagina un nuevo Al-Andalus, una versión siglo XXI de lo que fue España bajo el dominio musulmán, pero en toda la UE. "Andalucía debe convertirse en el símbolo de un lugar en que la hibridación y el apogeo de dos culturas diferentes es susceptible de producir un extraordinario progreso en la civilización. El advenimiento de un *nuevo* Al-Andalus es la única solución para las pasiones generadas por la *yihad* de Bin Laden y la *guerra contra el terrorismo* de Bush". Un mundo que minimizase la cultura de la alienación que tanta importancia tiene para los terroristas.

Cultura. Jessica Stern

Hay muchos tipos de terroristas. En India, los nacionalistas hindúes radicales matan a musulmanes y cristianos. Los grupos extremistas judíos matan palestinos y combaten al Estado de Israel. Los neonazis siguen atacando a las minorías en Estados Unidos y en Europa. En Colombia actúan todavía criminales que se definen a sí mismos como "defensores de los derechos de los trabajadores". Sin embargo, los terroristas que

hoy resultan más amenazadores para la seguridad internacional son los *yihadistas* globales.

Este movimiento, al revés que los grupos terroristas locales, ha surgido de lo que Olivier Roy llama "desculturación". No es la expresión de una cultura tradicional que se siente acosada, afirma el estudioso francés, sino un reflejo de la globalización y el desarraigo. Los jóvenes que se sienten atraídos por la guerra santa planetaria suelen ser aquellos que están menos interesados en mantener sus vínculos con las normas culturales de sus padres y abuelos. Encuentran su identidad en una cultura *yihadista*, nueva y radical, divorciada de sus referentes. Diversos estudios sugieren que estos jóvenes no tienen por qué ser particularmente religiosos: son captados a través de las redes sociales y la radicalización tiene lugar en el seno del grupo.

La corriente *yihadista* mundial es esencialmente una expresión y un síntoma de la globalización. Es su cultura, aunque bajo una forma distópica. En otros tiempos, los radicales hubieran descrito su malestar desde otro punto de vista ideológico, tal vez el anarquismo, el marxismo o el nazismo. La *yihad* global es una cultura virtual, difundida -con frecuencia por Internet- por unos jóvenes desorientados y alienados.

El resentimiento contra Occidente -y la cultura de la alienación- también están presentes en el mundo árabe, como señala el experto Fouad Ajami, quien afirma asimismo que, sin embargo, hay que perdonar a los árabes por dudar de las intenciones de Occidente y, en particular, del poder de EE UU.

La memoria histórica y los relatos construidos sobre el pasado pueden dar a los terroristas algo que ver como una "causa justa", sostiene el investigador y periodista daguestaní Nabi Abdullaev, que pone como ejemplo la deportación de los chechenos a Kazajistán ordenada por Stalin en 1943.

Una fuente de captación de miembros para los grupos extremistas violentos son las cárceles europeas y estadounidenses, donde las fundaciones caritativas saudíes financian organizaciones que promueven el islamismo radical. Hay entidades que actúan como lo que se ha dado en llamar "organismos de acceso" para los grupos terroristas, ya que promueven una ideología

radical, aunque no necesariamente la violencia. Con el tiempo, sus integrantes pueden llegar a estar *maduros* para ser captados. Ejemplos de ello son Hizb-ut-Tahrir, una organización islamista mundial, o Tablighi Jamaat, una asociación cuya meta es formar mejores musulmanes mediante una "*yihad* espiritual": buenas obras, meditación y proselitismo. Ambos grupos parecen surtir de nuevos miembros a la *yihad* global.

Entre las posibles soluciones para este combate, la primordial sería conseguir la complicidad del islam occidental. Los dilemas y problemas del mundo musulmán existen también en las comunidades islámicas en Occidente, aunque aquí se manifiestan en el seno de sociedades democráticas y abiertas. El arabista francés Gilles Kepel señala que los musulmanes occidentales podrían "presentar al mundo un nuevo rostro del islam, reconciliado con la modernidad". Pero Roy advierte de que Occidente, por su parte, debe aprender a tolerar la existencia de variantes del islam y no reconocer sólo a la más liberal.

Símbolo: las Torres Gemelas eran la máxima expresión del capitalismo occidental.

También hay voces como la de Hassan Abbas, ex investigador de la policía paquistaní, que optan por métodos policiales y defienden la importancia de que las fuerzas de seguridad contacten con los *organismos de acceso*. "La

intervención de teléfonos, la vigilancia electrónica y/o el pago a informantes no pueden sustituir una implicación directa", afirma este experto, que señala también que los organismos policiales y los servicios de información necesitan mejorar su formación para diferenciar a los grupos políticos de los que promueven la violencia, para no radicalizar aún más a organizaciones no violentas.

Otro problema es que los clérigos musulmanes en los países occidentales suelen ser inmigrantes recientes que no entienden a los musulmanes occidentales. Creen que su única misión es salvar a los jóvenes de la contaminación. Una solución sería exigir que los imanes reciban formación en los países de acogida, una práctica polémica que ya funciona en Francia. También los conflictos enconados y el fracaso y la debilidad del Estado que originan son importantes factores de riesgo para el terrorismo. Los terroristas se implantan en las poblaciones locales ofreciendo servicios sociales a comunidades desatendidas por los gobiernos.

La percepción de que Occidente ha preferido seguir el juego a brutales dictadores en Oriente Medio cuando esto ha servido a sus intereses no es del todo infundada. Podría avanzarse en esta cuestión, lenta y cautelosamente, apoyando la aparición de movimientos de defensa de los derechos humanos y de la sociedad civil, señala el analista estadounidense Mark Beissinger. No obstante, es importante garantizar que las organizaciones islamistas estén incluidas en esa concepción, pues de otro modo la espiral de radicalización continuaría.

La cultura de la sospecha y la islamofobia sólo empeora las cosas. Ejaz Haider advierte del peligro de diferenciar entre *ellos y nosotros* sin describir claramente al enemigo, recordando que "hay mucha gente que no está de acuerdo con la política de EE UU y no por eso lo odia". Kepel, por su parte, imagina un nuevo Al-Andalus, una versión siglo XXI de lo que fue España bajo el dominio musulmán, pero en toda la UE. "Andalucía debe convertirse en el símbolo de un lugar en que la hibridación y el apogeo de dos culturas diferentes es susceptible de producir un extraordinario progreso en la civilización. El advenimiento de un *nuevo* Al-Andalus es la única solución para las pasiones generadas por

la *yihad* de Bin Laden y la *guerra contra el terrorismo* de Bush". Un mundo que minimizase la cultura de la alienación que tanta importancia tiene para los terroristas.

Jessica Stern es catedrática en el Belfer Center for Science and International Affairs de la Universidad de Harvard (EE UU).

Fecha de creación
7 septiembre, 2007